

VII

Algunos días después de lo que queda referido, un cabriolé sencillo, pero conducido por un hermoso caballo bayo de pura sangre, se detenía á la puerta de una hermosísima casa de Sevilla, más bien palacio que casa, y cuya larga fila de balcones dejaba ver desde la calle espléndidas colgaduras de pesada seda; decía claramente no estar habitada más que por un solo inquilino, el que no tenía más que piso principal; el bajo, con otra fila de grandes ventanas, destinado á residencia de verano, y un segundo que debía estar ocupado por la servidumbre.

Una gran opulencia vivía allí, á no dudar, como en terreno propio. Cuando bajaron del cabriolé un caballero y dos niños, éstos se acercaron á la cancela dorada y grandísima de la puerta, y se quedaron extasiados ante el aspecto encantador del patio. Macizos enormes de macetas de bucaro encarnado llenas de flores y plantas; estatuas de blanco mármol, medio veladas por el verdor; grandes candelabros con bombas de cristal esmerilado, que dejaban adivinar para la noche fantástica iluminación, y en las paredes, suspendidas

por cordones de seda, jardineras de porcelana con plantas descendentes que cubrían las paredes, estucadas de hojas de un verde arrasado y de menudas florecitas de colores varios.

Una fuente de alabastro dejaba caer en el ancho y redondo pilón en forma de copa, una lluvia que se asemejaba á un raudal de plata cristalizada; y cerca de dos copas, de alabastro también, que dejaban ver pequeños bosques de camelias blancas y rosadas, se veía un piano cubierto con un tapiz bordado de sedas, que valía una suma enorme.

El caballero que bajó del carruaje iba correctamente vestido de negro; aparentaba de cuarenta y tres á cuarenta y cuatro años, y su fisonomía era notablemente hermosa, de expresión seria y reflexiva, llena de nobleza y de bondad; sus grandes ojos negros tenían una mirada tristísima; su boca se hallaba deprimida en los extremos, y en todas sus facciones se veía una tirantez de líneas que daba pena, porque hablaba de largas horas de insomnio y de dolor.

Ya le conocemos: era Tomás Barrientos, que llevaba á Gonzalo y á Eva á visitar al opulento y misántropo abuelo.

Los niños llevaban unos trajes comprados de pacotilla, mal hechos y que desfiguraban sus encantadoras formas; el sombrero de Eva era de moda anticuada, de ínfimo precio y muy feo; lo había comprado Blasa, la antigua ama de gobier-

no, que aún gobernaba la ya arruinada casa de Barrientos; el vestido de la niña era de lanilla mala; el calzado, tosco y grande para sus pequeños pies. Barrientos había dado cuanto dinero tenía aquel día, y era bien poco, para que comprasen á sus hijos unos vestidos, por humildes que fuesen, que reemplazasen los que llevaban, ya todos rotos.

La gallarda figura de Gonzalo estaba envuelta en un traje gris, demasiado grande para él, pues Blasa, al elegirlo, *había pensado en que había de crecer*; su gorra de paja, propia del verano, despedía del mes de Marzo, que acababa de llegar con sus cierzos y sus lluvias.

Barrientos habló algunas palabras con el cochero; tiró de la campanilla que, pendiente de una cadena de bronce labrado, ocupaba la derecha de la gran puerta, y abierta ésta con majestuosa lentitud, tomó á sus dos hijos por la mano y se internó en el patio, sostenido por columnas de piedra. En la parte superior corría una galería de hierro labrado como un encaje y cerrada con cristales de colores. Se oyó abrir uno de éstos, se asomaron varios criados, y uno de ellos bajó apresuradamente la anchurosa escalera de mármol.

Llegado cerca de Barrientos, le preguntó cortésmente é inclinándose un poco:

—¿En qué puedo servir al señor?

—Deseo ver á don Lorenzo Valenzuela.

—¿Á quién debo anunciar?

—Á don Tomás Barrientos.

Volvió á inclinarse el criado y subió la escalera aceleradamente, á pesar de no ser joven; cinco minutos después volvió á bajarla, y deteniéndose á cierta distancia, dijo con respeto:

—Mi señor espera á usted, caballero; tenga la bondad de seguirme.

Y viendo que Eva subía con trabajo los escalones de mármol á causa de lo grande de sus zapatos, la tomó en sus brazos y la llevó, después de atravesar una larga serie de salones, hasta una gran puerta cubierta con un tapiz de terciopelo; una de las hojas de este tapiz estaba levantada y la sostenía la flaca mano de un anciano, cuya cabeza estaba blanca como la nieve; su figura, derecha y nerviosa, más bien alta que baja, tenía una nobleza extraordinaria y estaba envuelta en una bata de brocado oscuro recamada de oro.

Antes de que el criado dejase á Eva en el suelo, el abuelo la recibió en sus brazos, y sin hablar, haciendo á Barrientos una seña para que le siguiera, penetró en una anchurosa estancia y se sentó en una butaca de terciopelo, oprimiendo á Eva contra su pecho.

Un segundo permaneció así, y luego, sentado á Eva sobre su rodilla, alargó el brazo derecho y atrajo á sí á Gonzalo, acercándolo también á su pecho y besando repetidas veces la oscura cabellera del niño, que tenía su gorrita en la mano. Hubo un largo silencio. Tomás, sentado frente al

grupo, miraba al abuelo y á sus hijos, y sin que él lo sospechase, lentamente se desprendían de sus ojos gruesas lágrimas que iban á perderse en la espesura de su barba.

El primero que habló fué el banquero. Sin dejar de los brazos á sus nietos, miró á su yerno y le dijo con acento conmovido:

—¡Gracias, Barrientos!... Le debo á usted algunos momentos de dicha... ¡Gracias!

—Hemos llegado á Madrid hace sólo cuatro días—dijo Barrientos,—y los niños deseaban mucho ver á usted.

—¿De veras?—dijo don Lorenzo.—¿Os acordabais del abuelo? ¿Por qué no habéis venido antes?

—Mamá no quería—dijo Gonzalo. Y Eva, tomando la mano de su abuelo y besándola, añadió con ternura:

—No quería; ¡pero nosotros deseábamos tanto darte un abrazo, y nos acordábamos tanto de tí!...

El anciano puso á los dos niños de pie, alargó la mano á un timbre y dijo al criado que se presentó:

—Lleva á mis nietos al jardín, cuida de ellos, y di al maestra sala que comerán conmigo.

El criado saludó y desapareció tras la cortina, llevándose á los niños. El banquero dejó caer entre ambas manos su frente, guarnecida de cabellos blancos, y permaneció así durante un segundo, mientras su yerno le miraba con una conmiseración profunda, esperando á que hablase.

—Barrientos—dijo al fin el anciano, descubrien-

do su rostro severo y alterado á la sazón por un dolor indecible,—yo no sé por dónde empezar á dar á usted gracias, á expresarle mi admiración y mi gratitud por su noble proceder con esa desgraciada... No, no me explico tanta generosidad...

—La explicación es muy fácil, señor—respondió Barrientos:—la amaba y la amo aún con todas las fuerzas de mi alma. Llegó á mí cuando me hallaba en la más completa soledad moral y material, cuando había sufrido con la muerte de Inés uno de los más grandes dolores humanos, y llegó como un rayo de luz que iluminó mi vida. Su belleza, su gracia, su dulzura me hechizaron, y yo no sé querer á medias.

—No, Barrientos, no—repuso Valenzuela.—Lo que le encantó fué la miseria en que se hallaba. Lo que le apasionó fué la idea de hacer bien, de proteger...; su generosidad le cegó, y su falta de mundo no le dejó conocer la profunda ambición, la hipocresía, la venalidad de esa criatura, que resume perfeccionadas todas las funestas cualidades de su madre... Yo, que acaso soy su padre, he llegado á detestarla..., y si quiero á esas desgraciadas criaturas, si deseo rehacerles una fortuna, es mucho más porque son hijos de usted que porque son hijos de ella...

—Nada faltará á mis hijos—dijo gravemente Tomás.—Ya aquí puedo trabajar y mejorar el estado de mi casa. Yo recobraré cuantos bienes me dejaron mis padres.

—Que ella dilapidará de nuevo.

—No; mi debilidad concluyó el día que remití mi dimisión, y quizá esta época de martirio que he pasado en Madrid ha enfriado un tanto mi pasión por Alicia. Aún la quiero mucho; pero adoro á mis hijos, y por ellos seré fuerte.

—¡Por ellos, pues, y sólo por ellos, suplico á usted que acepte el medio de mejorar la terrible situación por que hoy atraviesa!—exclamó el anciano con voz suplicante.—Barrientos, somos dos hombres de honor, dos amigos, que deben ayudarse mutuamente... Por la memoria de su bueno y honrado padre, le conjuro, le suplico acepte una pequeñísima parte de mi fortuna. Mi hija le ha arruinado, y esto es de mis nietos... ¿No ha de ser cuanto tengo para ellos el día que yo muera?

Don Lorenzo llevó la mano al bolsillo de su magnífica bata y sacó una abultada cartera, añadiendo con una triste sonrisa y mirando suplicante á Barrientos:

—Es bien poco lo que contiene, doce mil duros, que ni se conocerá que faltan en mi caja; lo preciso para desempeñar sus tres mejores fincas, gravadas de hipotecas. Vamos, mi querido, mi noble amigo, hágame la merced de aceptar, y quizá mi indignación contra esa mujer será entonces menor. Conozco el estado de sus asuntos de usted mejor que usted mismo, y sé que la ha dejado arrojar al abismo de sus locuras muy cerca de treinta mil duros...

—Es que la amaba y nada sabía negarle. En cuanto á aceptar nada de la fortuna de usted para mis hijos, hoy es imposible para mí, don Lorenzo. Yo soy quien debe trabajar por ellos y para ellos, y lo haré con la ayuda de Dios. Más fácil me será tomar la azada para labrar mis campos ó guiar una yunta de mulas, que me fué el ir todos los días á encerrarme en una oficina. La madre Tierra devuelve con creces cuanto se le da.

—Entonces—dijo Valenzuela, cuya sombría agitación contrastaba con la tranquilidad de Barrientos,—entonces hay que encerrar á esa mujer en un convento. Todos los afanes de usted en favor de sus hijos, toda su generosidad, toda su abnegación, resultarían estériles estando al lado de usted esa fatal mujer, que no puede ser hija mía. Ayúdeme usted con su autoridad de marido para librarse de ella...

—¡Encerrar á Alicia!—exclamó con voz trémula de emoción el honrado Barrientos.—¡Privarla del sagrado don de la libertad! ¡Eso nunca! Yo he ofrecido ante Dios protegerla y ampararla. Yo hice de ella mi compañera y la madre de mis hijos... Y, en fin, yo la amo, y ese es mi argumento más concluyente. Yo la amo, y sin ella no podría vivir...

—¡Pues yo la aborrezco!—exclamó levantándose con ímpetu el anciano; y su alta y majestuosa figura apareció animada de una cólera terrible.—¡Sí, la detesto, y en eso conozco que no

es mi hija, y que ni una gota de mi sangre hay en sus venas! ¡La odio como odio cuanto es bajo, degradado y rastrero! ¡La odio porque no tiene corazón, porque no tiene ni aun el instinto que hace á las bestias más feroces amar á sus hijos! ¡La odio por la depravación de sus sentimientos, porque ha consumado á sabiendas, con la más espantosa indiferencia, la ruina de su honrado marido! ¡La odio porque arrastra por el suelo el nombre de sus hijos y el de su marido...; porque es una venal prostituta; porque después de arruinar á sus hijos se vende á un amante!

La tremenda acusación estaba lanzada. Barrientos vaciló al oirla, como la robusta encina herida por el rayo: alzó los brazos, y sus manos, por encima de su cabeza, se unieron con un ruido seco y estridente; y luego, lívido, desencajado, inclinó la cabeza como si no pudiese soportar el peso de su vergüenza...

—¡La cólera me extravía!—murmuró Valenzuela, respirando con fuerza.—He dicho lo que no debía decir; pero no soy hombre capaz de retractarme. Barrientos, es preciso encerrar á esa mujer, no publicando sus faltas, no echando un borrón sobre sus inocentes hijos; es preciso vencerla con sus armas: yo conseguiré la certificación de dos facultativos, y la encerraremos en una casa de salud: realmente está atacada de demencia.

—¿Y qué?—exclamó Barrientos con voz sorda y quebrantada.—¿Su castigo lavará mi honra? Y,

sobre todo, ¿me dará su corazón? ¿Qué haré ya solo en la vida? Ya no soy joven, y ya he sufrido mucho; ya no quiero sufrir más...

—¡Insensato! ¿Y sus hijos?—exclamó don Lorenzo, cuya cólera terrible fué reemplazada por un temblor convulsivo.—¿Piensa usted en la muerte? ¿Acaso la vida de usted no es de sus hijos?

—Á mis hijos les queda usted.

—¿Pero no le he dicho ya que yo no los amo por ser hijos de esa mujer, sino por ser usted su padre, porque es usted el hombre más noble y generoso que conozco? Barrientos, yo no quiero que usted muera, no; mátele usted á ella, y creo que le bendeciré; mate usted á su amante, y hará un acto de justicia... ¿Sabe usted quién es?

Tomás se encogió de hombros con una triste indiferencia. ¿Qué le importaba el cómplice? La alta de la que amaba más que á su vida era lo que le mataba.

—¡Sépalo usted de una vez!—exclamó el banquero con la violencia del dique que se rompe por demasiado lleno, y cuya impetuosa corriente arrolla cuanto encuentra al paso:—¡el cómplice de Alicia es el amante de Amparo, el padre de Inés, el Conde de Monterreal entonces, y hoy el Duque de Medellín! La fatalidad le puso en el camino de usted, y se ha vengado.

Barrientos no contestó nada: su palidez era cadavérica; después de un momento pasó la mano

por la frente, alzó la cabeza, y dijo con voz que temblaba:

—Mis hijos... que vengan...

El banquero hizo sonar el timbre, y dijo al criado que acudió:

—Traiga usted á los niños.

Un instante después entraron Gonzalo y Eva en la magnífica cámara. El abuelo los besó silenciosamente, y Barrientos, sin saludar al anciano, sin decir una palabra, los cogió de la mano y se dirigió con paso lento hacia la puerta, desapareciendo tras la pesada cortina que sostenía el criado.

—¡Ahl! ¡desdichado de mí!—exclamó el anciano, cayendo en un sillón.—¡Ese hombre va herido de muerte! ¿Pero debía callar por más tiempo? El escándalo había llegado á su colmo, y era mi deber apartar la venda de los ojos de ese desgraciado.

VIII

Algunos días habían pasado. La casa de los Barrientos, la gran casa apacible y solariega había recobrado su antiguo aspecto; numerosos trabajadores salían al amanecer á labrar los campos y se reunían por la noche en la cocina, donde se sentaban alrededor de una anchurosa y abundante mesa: el sacerdote, que les esperaba sentado en una poltrona colocada debajo de la ventana, bendecía la mesa, y la cena se prolongaba hasta las diez.

Ya era muy viejo el capellán, y él, que había conocido los días de paz y de alegría en aquella casa, no la había abandonado tampoco en las horas de soledad y de dolor. Con la vieja Blasa había sido el fiel guardador del hogar de los Barrientos; amigo de la juventud del padre de Tomás, amaba á éste de todo corazón, y había visto con pena inexplicable cómo las fincas se gravaban de hipotecas, cómo la familia dejaba la hermosa casa de sus abuelos, cómo Barrientos aceptaba un destino y se resignaba á una existencia estrecha, mísera, para la cual no tenía fuerzas ni condiciones.

Si en el alma noble y en la caridad evangélica

del capellán hubiera podido entrar el odio, se lo hubiera profesado á Alicia. Las gentes que de Alcalá de Guadaira iban á la corte para sus asuntos ó sus diversiones, traían noticias que divertían durante algunos días las murmuraciones del pueblo. Tomás Barrientos era, en la opinión de algunos, un marido débil, un hombre sin dignidad y sin honor, que no había sabido dirigir á la niña con quien se había casado, y que había caído en las más vergonzosas concesiones, dominado por una pasión sin límites.

El viejo capellán oía estos rumores con angustia, y cuando iba á ver á don Lorenzo á Sevilla y éste le interrogaba, procuraba ocultarle lo que se decía, ó modificar al menos las murmuraciones; pero andando el tiempo, llegó á esforzarse en vano: el escándalo llegaba también á oídos del rígido anciano y provocaba en su alma cóleras terribles, llamando imbécil á Barrientos y acusándole de no reprimir y castigar severamente á su mujer.

Grande y alegre día fué, pues, para todo el pueblo, el día en que don Tomás Barrientos se instaló de nuevo en su gran casa: todas las preveniciones desaparecieron, todas las hablillas callaron. Tomás era hombre que imponía á la vez respeto y cariño, y su prestigiosa presencia sólo produjo un sentimiento de universal alegría.

Desde su llegada se ocupó en buscar brazos para sus campos; vendió una magnífica viña y

rescató otras tres del gravamen que tenían, y aun la hacienda vendida lo fué á retroventa; emprendió los trabajos en un cortijo abandonado; fueron mulas á sus cuadras, ganado á su establo, y la tierra feraz de Andalucía abrió su fecundo seno á las semillas, á los plantíos, á los hilos de agua, que cegados por el abandono de tres años, volvieron á correr como cintas de cristal que llevaban en sus ondas murmurantes, tesoros de riqueza y abundancia.

Todo sonreía y todo estaba alegre, menos la frente del que era dueño de todo. Tomás volvía de Madrid herido de muerte; la convicción de que su mujer no le amaba, la horrenda luz que al fin había alumbrado su entendimiento, enseñándole la hiena que tenía á su lado, había muerto todas sus ilusiones y le había impreso en el alma el disgusto de la vida y una fatiga moral que, cansado de combatirla, se había ya apoderado de todo su ser.

¡En qué espantosa ruina se había convertido aquel corazón donde tantas flores crecían algunos años antes! El amor que apareció á sus ojos bajo la seductora forma de Alicia, había disipado todas las sombras de su alma; el amor que había tenido á su primera y desgraciada esposa, no se parecía en nada al que tenía á la segunda: aquél era el amor del espíritu, grande y puro, pero incompleto; el amor que había despertado en él Alicia, era inmenso, completo, fatal por lo absoluto. La ama-

ba física, moral, intelectualmente: ella había despertado en su alma una poesía desconocida; hechizado por las perfecciones que Alicia poseía, la dotaba de aquellas que le faltaban: le había ella seducido más con lo malo que con lo bueno; el lujo, los perfumes, las provocaciones de la voluptuosidad, habían penetrado hasta lo más íntimo del alma del sencillo labrador y le habían embriagado como un filtro irresistible; sumergido en éxtasis continuos, Alicia había ido, sin que él lo conociera, consumando la obra cruel de su ruina; pero en aquella alma justa y noble la luz debía hacerse algún día, y no poco á poco, sino de repente y con una precisión trágica.

Barrientos, ante la negativa de su mujer á toda idea de moderación y de orden, ante su pérfida insinuación de que emigrase á las repúblicas americanas para ganar una fortuna, cuando tenía otra arruinada por ella que podía levantarse, sintió que una luz fatídica penetraba en su alma: las caricias de su mujer, aquellas caricias que hacían de él un ser débil, ciego, le parecieron un lazo monstruoso que le tendía para librarse de él, para enviarle á la muerte en la expatriación de lejanos climas; vió de repente ante su vista á sus hijos desnudos, hambrientos, abandonados con una horrible indiferencia, y cerca de ellos, amontonados, los encajes, las pieles, las joyas, los perfumes; y algo más lejos el coche á la orden, la camarera elegante, la modista que traía nuevos

sombreros, y los acreedores que venían amenazantes, y sus fincas hipotecadas, y su hogar apagado, y el capellán que lloraba, y la pobre viejecita que le había mecido en sus brazos cuando niño, y que se moría de pena en aquella abandonada casa.

La fúnebre visión duró largas horas, todo un día y una noche; y Tomás conservó de tan amargas horas la firme decisión de hacer su deber aunque muriese en el cumplimiento del mismo; pero también un desaliento moral y un cansancio de la vida, que eran como una muerte anticipada.

—¡Oh, Dios!—pensaba, paseándose solo por su gran cámara sombría;—¡Dios de los buenos, llamadme á vos, porque es ya demasiado lo que aquí he sufrido. Engañado por la que me eligieron para mi compañera en la vida, abandonado por el pobre ángel que adopté por mi hija, despreciado, aborrecido por la madre de mis hijos, solo en el mundo desde que mi buen padre murió, ya no puedo soportar más dolor, porque mis fuerzas tocan á su fin... Enviadme la muerte, Señor, que la vida es una carga insoportable para mí! ¡Ya la juventud no me sostiene con ilusiones ni esperanzas...; la juventud de mis años ha pasado; la de mi corazón, que se prolongó demasiado, es una ruina!

La idea de sus hijos pudo al fin calmarlo. El viejo capellán, inquieto por su tardanza, se asomó á la puerta de la estancia. Tomás, en una de las

vueltas de su lento y maquinal paseo, le vió, fué hacia él y se arrojó en sus brazos; el sacerdote alzó al cielo los ojos, y bajando la cabeza, dejó caer una lágrima sobre la cabeza de Tomás, que se apoyaba en su pecho.

—¡Ah, padre! ¡ah, padre mío, soy muy desgraciado!—exclamó Barrientos con voz sofocada por los sollozos, que al fin se habían abierto paso en su garganta.

—Ya lo sé—contestó el capellán;—sólo hace algunas horas que has llegado, y lo he leído en tu semblante; pero pon en Dios la confianza, y el consuelo llegará: ya estás entre los tuyos, ya estás á la sombra protectora del techo paternal; y ya estoy yo contigo, que soy tu segundo padre.

Barrientos abrazó más estrechamente al venerable anciano, que le condujo á un sillón, y se sentó en otro á su lado.

—Sí—dijo después que se hubo calmado algún tanto la violencia de su crisis nerviosa;—me parece que en mi casa me hallo menos solo que en aquel horrible Madrid...; me parece que aquí llegará á mí algún consuelo, algún remedio, aunque sea el de la muerte...

—¡Qué!—exclamó el capellán;—¿intentarías...? Tomás, acuérdate de que tu vida es de Dios y de que te debes á tus hijos...

—No; no tema usted nada, padre mío—repuso Barrientos con triste sonrisa;—soy verdadero cristiano y no pienso en el suicidio. Si llega la muer-

te, no será porque yo la busque, sino porque Dios me la envíe, y con ella me hará un bien inestimable.

Después de esta conversación, quedó en el alma del capellán un temor angustioso: le parecía que la muerte se cernía sobre aquella casa patriarcal. La afigida sombra del anciano don Pedro Barrientos se le aparecía cada noche y le decía con voz triste: «Cuida de mi hijo, vela por él...»

La instalación en la casa no había sido ni larga ni difícil: no había allí las estrecheces de Madrid, sino que estaba llena de todo lo necesario á la vida, sin que hiciera gran falta el dinero para el orden diario. Los niños tuvieron desde el momento de su llegada, pan, cariño y libertad, los tres bienes supremos de la infancia. El capellán y Blasa fueron para ellos dos excelentes amigos, y el primero se los llevó desde el día de su llegada á dar un largo paseo por el vecino bosque y el monte contiguo, donde comieron los tres con gran apetito un pedazo de pan y otro de queso hecho por Blasa. Catalina, la nodriza, era también feliz lejos de la jaula de Madrid que aborrecía.

Barrientos halló también algún alivio á la gran tristeza que le devoraba; la vista de la bella naturaleza le consolaba y le calmaba á la vez. Dos días después de su llegada al pueblo, se hallaba sentado á la puerta de su casa y con los ojos elevados al cielo, que las estrellas tachonaban como clavos de plata; pensaba en Amparo y en Inés y

hablaba con ellas. — «Vosotras solas me habéis querido—les decía,—y vosotras me habéis dejado: llamadme pronto al lado vuestro...; ¡aquí ya no puedo ser más infeliz...!

Una calma relativa iba entrando ya en el espíritu de Tomás, cuando al cuarto día de su llegada creyó de su deber llevar á los niños á que su abuelo los viera. Ante la formidable revelación del anciano, negras nubes cubrieron su alma: el seductor de Amparo era el amante de su mujer; aquel hombre, al que odiaba ya desde que por él había entrado la deshonra en su casa, la había llevado de nuevo desde hacía ya tres años: su mujer tenía un amante, y este amante era él. No; Tomás Barrientos no era bastante buen cristiano para castigarle solamente y perdonarle la vida; esta vida la necesitaba, y después tenía que hacer con su mujer un castigo ejemplar: la muerte era poco; seguiría el consejo del banquero: la encerraría en una casa de salud, y allí se extinguiría lentamente, sola, desesperada; pero después él debía morir..., y lo antes posible...

El desgraciado no podía pensar, ni aun después del ultraje, en matar á su mujer; era tan joven, era tan débil, tenía una cabeza tan ligera, una imaginación tan viva... Estos sofismas de su corazón decían que la amaba aún apasionadamente.

IX

No era Barrientos hombre capaz de dilatar por mucho tiempo un asunto en que se interesaba su honor. Al primer dolor, acerado, furioso, que como una fiera le mordió en el corazón, sucedió una sombría calma. De vuelta con sus hijos de casa de Valenzuela, mandó que le preparasen un caballo, y se fué al monte vecino para estar solo con Dios y con la soledad. Dios le dejó sufrir todo el peso de tan amargas horas; ni un rayo de luz penetró en su alma. Descendió del caballo y se sentó al pie de un árbol herido y abrasado por un rayo: era la imagen de su vida, sola para siempre; de su corazón, que había quedado hueco como un sepulcro; buscó en él una fibra sensible pensando en sus hijos, y no la halló: todo estaba en él muerto ó embotado por la tormenta que rugía en su alma; quiso orar, y no pudo; la augusta calma de la naturaleza no pudo dar un leve consuelo á la sensación de furiosa angustia que le anonadaba.

Volvió á su casa ya bien entrada la noche, y se encerró en su cuarto; los niños llamaron para

darle las buenas noches, y no les contestó, ni les oyó acaso; los pobres pequeños se retiraron afligidos; el capellán llamó también algo más tarde, y la puerta permaneció cerrada; oyó el paso lento de Tomás que se paseaba, y llamó por segunda vez, sin obtener más que un profundo silencio; entonces el digno sacerdote tomó una silla y se sentó á la puerta del cuarto, donde pasó toda la noche.

Clareaba apenas la primera luz del alba, cuando se abrió la puerta y apareció Tomás tan pálido como si hubiera salido de un sepulcro; vió al capellán, y pasó á su lado sombrío y mudo.

—¿Adónde vas, hijo mío?—le preguntó éste, viendo con terror su palidez y la siniestra expresión de sus facciones.

—Voy á Madrid por el primer tren—contestó brevemente Barrientos.

—¿Y no puedo ir yo por ti?

—No, señor.

Sin una palabra de despedida, Barrientos tomó la escalera.

—¡Dios santo! ¡Qué facciones tan desencajadas!—se dijo el sacerdote.—¡Alguna gran catástrofe amenaza á esta casa!

Y deteniendo en aquel momento á Catalina, que pasaba para empezar la limpieza matinal, la llamó en voz baja.

—Viste al momento al niño.

—¿Á estas horas?

—Sí; anda, hija mía, no me preguntes; me voy con él á Madrid.

—Aún tardará una hora en pasar el tren; pero ¿adónde va usted con Gonzalo?

—En seguimiento de su padre, y quizá á evitar una gran desgracia... Catalina, yo creo que mi Tomás piensa en matarse: iremos en el mismo tren que él, pero en tercera, para que no nos vea, y sabré lo que hace en Madrid, donde quizá quiere morir, lejos de sus hijos; al llegar nos verá, y la vista de Gonzalo, que es lo que más ama en el mundo, cambiará el curso de sus ideas.

Catalina fué corriendo á vestir al niño, y llegó con él á los pocos instantes. Un carruaje esperaba enganchado; don Pablo ordenó al criado que iba á conducirlo, ir á la estación por un camino de travesía, seguro de que Tomás iría á pie por el camino ordinario; llegado á la estación, tomó billetes de tercera clase y se metió con el niño en un vagón.

Desde allí vió llegar poco después á Barrientos, que pasó por delante y subió á un vagón de primera; la campana sonó, y el tren salió pausadamente de la estación, emprendiendo á poco su vertiginosa carrera.

Alicia se levantó á las once, como hacía cada día; sentía mucho no dormir hasta la una, porque el día se le hacía eterno; llamó á Catalina para que la ayudase á vestir, y pidió el desayuno y el carruaje; un landó que habían sacado de la cochera en regular estado.

—¿Va la señora á Sevilla?—preguntó la nodriza, mientras la servía el café con leche en una primorosa taza de plata antigua.

—Sí, Catalina; voy á ver á mi padre; puede que, como hace tanto tiempo que no me ha visto, hoy me reciba con buen humor.

—¡Qué empalagosa dulzura la suya, y qué poca vergüenza tiene!—pensó Catalina.—Parece una mosca muerta; nunca se enfada, nunca riñe, y no tiene entrañas...

Alzando luego la voz, añadió:

—El señor se ha ido á Madrid.

—¿Se ha ido?—repitió con indolencia Alicia, sorbiendo despacito su café.

—Y también se han ido don Pablo y el niño.

—¿Sí? Pues me alegro—dijo Alicia;—yo me marchó ahora á Sevilla; si no vuelvo esta noche, es que me he quedado en casa de mi padre: eso es lo que quisiera. ¡Pasaría en Sevilla una temporada con tanto gusto! Hay teatro, hay paseos, y la casa de mi buen papá es un palacio. Aquí me muero de tedio...; llevo sólo cuatro días, y me parecen cuatro siglos. Dios quiera que papá esté de buen humor; ya hace lo menos siete meses que no le veo, y ahora he de pasar una temporada con él..., quiera ó no.

—¡Como si su papá de usted fuera de condición de ceder á lo que usted quiera!... ¡Sí, sí; bonito genio tiene!—observó Catalina;—sólo que á usted no la ofenden repulsas... Si fuera otra...

—Debo sufrirle, Catalina; es mi padre—repuso Alicia con acento sentimental.

—¡Ah!; ¡si fuera un pobre, en vez de ser el rico banquero don Lorenzo Valenzuela!... Lo cierto es que se muestra bien duro con usted; la última vez que en Madrid fuí á llevarle una carta de usted, me recibió bastante mal; ya sabe usted, cuando me dió bajo sobre aquella porción de billetes para usted; entonces me dijo:

—Pues que lo que desea es dinero, dale eso, y dile que la visita que me anuncia se la dispenso y que se esté cuidando de sus hijos.

—Dame la manteleta y el sombrero, Catalina, y no pienses en las maneras ásperas de papá...; en el fondo me adora: sólo que desearía que viviera metidita en casa siempre, como una monja.

—Y que no viera usted siquiera á la Baronesa.

—No lo creas; ¡si es muy amiga de papá! Pero la verdad es que este cariño no es muy verdadero, y que si trata á Clarisa y le escribe alguna vez, es por saber de mí. Ahora le ha enviado una señora de compañía: yo creo que otra espía para que le dé cuenta de lo que hago yo. Pero ¡admira, Catalina, los caprichos de la suertel! ¡ahora que me envía un guarda de vista en esa señora, me vengo yo aquí! ¡Qué complicación tan graciosa, verdad?

Y Alicia se echó á reír, y salió de su cuarto para tomar el coche.

En un corredor halló á Eva, é iba á pasar sin

mirarla, cuando la niña le dijo tristemente y apartándose para que pasara:

—¡Adiós, mamá!

—Adiós, pequeña—respondió la madre; y sin detenerse á darla un beso, echó á correr por la escalera cantando una melodía de *Marta*.

—¡Parece mentira que no tiemble al ver á su padre!—murmuró Catalina, que la había seguido de lejos.—¡Y puede que se lleve chasco y que no la reciba siquiera, y hará bien! ¡Qué mujer...! ¡Ven, hija mía, ven, no llores! Si tu madre no te quiere, yo sí, y todos los de casa, menos ella...; en cambio ella nos es odiosa á todos; sí, á todos, menos al santo de tu padre, que pasa con ella el purgatorio en vida, para llegar bien purificado al cielo.

Catalina se llevó á Eva de la mano. Alicia tomó el coche, y éste la dirección de la ciudad. La joven estaba encantadora; la elegantísima forma de su traje de matices oscuros hacía valer su gracia y su belleza, y sus ojos, de un azul sombrío y luminoso, animaban la blanca palidez de su color de camelia rosada; nada más delicado, más lindo, más elegante que aquella mujer.

Cuando llegó á la gran casa de su padre y hubo llamado el cochero á la campana de la cancela, se presentó un criado. Alicia sacó del bolsillo una carterita y tomó de ella una tarjeta que decía:

ALICIA VALENZUELA DE BARRIENTOS

Un imperceptible gesto de contrariedad se dibujó en las facciones del criado; pero no hizo más que saludar levemente y desaparecer con la tarjeta en la mano.

La joven, sin apearse, esperaba en el coche con alguna ansiedad; un leve temblor agitaba sus adorables labios, que habían perdido sus matices de rosa; menudas gotas de sudor perlaban en sus sienes. Su padre era la última esperanza que tenía en su odioso destierro: si Valenzuela la recibía bien, ella iría todos los días á verle, desertaría poco á poco de la casa de su marido, se instalaría al lado de aquel padre misántropo y maniático, y tendría palacio, carruajes, joyas, dinero en abundancia. El viejo era fácil de manejar. El odioso marido, con las viejas criadas y el estúpido viejo capellán, se arreglarían con los chiquillos; ella no los quería, ella no los llamaba á su seno; detestaba á su padre...; y luego, aquel Gonzalo, aquel chiquillo tétrico y silencioso, que á los diez años ya la miraba como un juez... ¡Qué libre iba á quedar cuando dejase de verle!

Así pensaba cuando volvió el criado y le dijo con acento respetuoso:

—Mi señor espera á la señora.

Un rayo de alegría se encendió en los hermosos ojos de la joven; descendió ligeramente del carruaje, y siguió al ayuda de cámara, considerando que era mucho más elegante y distinguido que Barrientos.

El banquero se hallaba en la cámara que ya conocemos. Al levantar el criado el tapiz de seda, apareció en pie, rígido, envuelta su alta estatura en los pliegues de la bata; con los brazos cruzados sobre el pecho esperó á que su hija entrase en la habitación.

—¿Qué quieres?—preguntó con acento severo.

—Sólo verte, papá—respondió dulcemente Alicia, avanzando dos pasos.

—¡No intentes ya en tu vida llegar á mi presencia!—exclamó roncamente el banquero, que al ver el lujo de Alicia recordaba con horror el mísero aspecto de sus hijos y la desesperación de su marido.—Te he dejado llegar hasta mí, para decirte que te aborrezco, que te maldigo, que tu infame proceder me ha convencido de que eres únicamente hija del crimen y del impudor! ¡No, no hay en tus venas una sola gota de mi sangre! ¡eres hija de la infame y de un amante que valía menos que ella...!

—¡Papá, cálmate!—murmuró Alicia, juntando las manos con su gracia teatral.

—¡No me des ese nombre! ¡Infame, no te acerques á mí...! ¡Yó te quitaré, mujer perdida, vil adúltera, el esposo y los hijos que no mereces!

Yo les salvaré de la ruina que tú, monstruo sin entrañas, has consumado! ¡y tú, serpiente inmunda, caerás cada día más abajo en los abismos de la infamia! ¡Dios hará justicia, y morirás sola y

abandonada! ¡Ahora, vete de aquí, y para siempre...!

El anciano, lívido, terrible, con los ojos centelleantes, asió violentamente el delicado brazo de su hija, la sacó fuera de su suntuosa cámara, y dejando caer el tapiz, cerró tras él la tallada puerta.

Alicia se dejó caer en un sillón; pasó por la frente el perfumado pañuelo de batista, y, recobrándose al momento, salió y bajó precipitadamente la escalera, refugiándose en el carruaje que la había traído.

X

Barrientos, al llegar á la estación, tomó un coche de plaza, y sin descansar un momento se hizo conducir al hotel del Duque de Medellín en el barrio de Salamanca.

El capellán tomó otro simón y ordenó al cochero siguiera al que iba delante. Al dejar el coche Barrientos y entrar en el gran portal, halló detrás de él al venerable sacerdote, que le asió de la mano.

Ninguno de los dos pronunció una palabra; pero la mirada del ministro de Dios era tan elocuente, que Tomás murmuró en voz baja, pero serena:

—Es preciso que castigue á ese hombre, padre mío. Déjeme usted: no sabe que hay entre él y yo una deuda terrible.

—Todo lo sé, hijo mío.

—¿Todo?

—Todo; y por lo mismo no puedo aducir razones, según las leyes sociales. Ese hombre merece la muerte, pero no merece que tú se la des... Cumple el precepto severo de la Escritura, donde

Dios nos manda *dejarle á ÉL solo el cuidado de la venganza...* Amparo te lo pide también desde el cielo...

—¡Imposible, padre!

—Y *perdonanos, Señor, como nosotros perdonamos á nuestros deudores...* Tú eres piadoso y oras algunos instantes todos los días, y todos los días diriges al cielo estas palabras... Tomás, por Dios, por tus hijos, castiga á la culpable, y después vete con los niños á países lejanos...; pero no te expongas á morir dejando á las pobres criaturas en el abandono. Yo soy muy viejo, y pronto me iré de este valle de dolor; ¿quién les protegerá...?

—Basta, señor—dijo Barrientos con acento grave y tranquilo;—no prolonguemos esta penosa situación. Esta casa tiene un gran jardín, y la contienda se dirimirá al instante, porque el Duque, según dice el mundo, es un hombre de honor.

—Entonces—exclamó el capellán,—déjame estar cerca de ti en el trance fatal... Yo quiero que mueras como cristiano, y encaminar tu alma al cielo...; quiero que vayas al lado de tu padre, de Amparo, de Inés, y no á los tormentos eternos...

La rígida severidad del semblante de Barrientos no se alteró; se acercó al portero y le dijo brevemente:

—Anuncie usted una visita.

La gran campana sonó, y un ayuda de cámara apareció en lo alto de la escalera; vió á un caballero y á un sacerdote, y envió á un groom de

pequeña estatura, que tomó la tarjeta que le alargaba Barrientos.

—Espéreme usted en ese coche, que yo le haré llamar—dijo Tomás;—será cosa breve.

El lacayito salió; habló con el criado que esperaba, y éste bajó la escalera, se inclinó y le dijo:

—Su Excelencia espera á usted, caballero.

Barrientos empezó á subir lentamente. Don Pablo entró en el coche que le había traído; Gonzalo, rendido de un día y de una noche de camino, dormía profundamente. El capellán le miró con una ternura dolorosa, y dos lágrimas rodaron por sus venerables mejillas.

—¡Duerme, pobre niño, duerme!—murmuró;—tal vez al despertar no tengas padre...

Entretanto Barrientos había llegado á la habitación del Duque: era la misma donde tres años antes le había dado gracias por su destino, sin sospechar el lazo infame en que había caído. Al oír los pasos de Barrientos, palideció densamente: sin saber nada de lo últimamente ocurrido, sin sospechar la delación delirante de Valenzuela, Fabián esperaba siempre la muerte del hombre honrado al que tanto daño había hecho, y que había acabado por estimar y admirar sobre todos los seres que conocía en la tierra.

El Duque era escéptico, más que por los desengaños que como todos había sufrido en la tierra, por el contacto moral con aquella mujer, fe-

nómeno de la naturaleza que le había dado una figura de ángel y una crueldad de tigre, una belleza seráfica y una depravación moral y material que iba más lejos que todas las exageraciones de la imaginación más enfermiza.

Nadie como Fabián sabía hasta qué punto era aquella criatura un prodigio de egoísmo, de crueldad, de frialdad de corazón; lo sabía porque tenía gran experiencia del mundo y había podido comparar, porque tenía inteligencia clara y elevada; y lo sabía, sobre todo, porque la había amado con una pasión irresistible, y porque odiando el lazo que á ella le unía, no tenía voluntad y poder para romperlo; experimentaba el Duque por aquella mujer algo de la terrible fascinación que había cegado á Barrientos; y el libertino cansado, como el hombre honrado é inocente, eran igualmente los esclavos, los juguetes de aquella criatura infernal. El Duque hubiera querido matarla; pero le era de todo punto imposible romper con ella, dejar de verla, renunciar á sus mimosos y ardientes halagos, al dulce y melódico sonido de su voz y á la incomparable sinfonía de su lenguaje.

Cuando al aparecer Barrientos fijó Fabián los ojos en su semblante, leyó en él una sentencia de muerte; púsose en pie y esperó.

Barrientos fijó en su enemigo sus grandes ojos negros, profundos y tristes, y le dijo con voz grave:

—Vengo á matar á usted, señor Duque.

—Estoy pronto—repuso noblemente Fabián;—tiene usted ese derecho: le tiene usted como esposo de Amparo, como protector de Inés y como marido de Alicia. Vamos, pues.

—Supongo que no me tomará usted por un asesino—dijo Barrientos;—el duelo será á muerte, sí; pero será duelo, para que usted defienda su vida y yo exponga la mía.

—¿Y por qué no ha de conservarla usted?—dijo el Duque con triste calma.—Usted es padre y hace falta á sus hijos; yo estoy de más en el mundo; nada me halaga en él, y el peso de mis faltas me hace todo indiferente. Costeo hace ya muchos años un camino cercano al crimen, y que aunque no se halla castigado en el Código, tiene un castigo moral más terrible que todos los que aquél impone.

Barrientos permaneció grave é inmóvil: parecía que aquellas palabras no llegaban á su oído.

El Duque prosiguió:

—Antes de morir, porque acaso tenga la dicha de morir, quiero decir á usted algunas palabras. Le oí á usted por mucho tiempo, antes de conocerle, como al marido de Amparo y como al secuestrador de su hija; quise vengarme de usted seduciendo á su esposa...; pero, ¡ah, señor!, permítame que en esta hora solemne le diga que después de haberle conocido, nadie como yo le ha estimado y admirado: es usted el hombre más

honrado, más noble, más digno que yo conozco, y deseo morir para expiar mis faltas, y que usted viva para ser feliz...

La voz del Duque temblaba al decir estas palabras. Barrientos callaba siempre. Fabián fué á un armario de ébano; tomó de él una caja de pistolas pequeñas incrustadas de plata, la abrió, y la puso sobre la mesa de despacho.

—Están cargadas—dijo; y mirando á Barrientos añadió con voz firme:

—¿Á cinco pasos?

—Á cinco pasos—respondió Tomás.

Tomó la caja y dijo al Duque:

—Vamos al jardín; guíeme usted.

Salieron de la cámara. En el salón contiguo abrió el Duque una puertecilla; bajaron una escalera, y se hallaron en el extenso y hermoso jardín del hotel.

Serían las seis de aquella hermosa tarde de Abril: el jardín estaba solo, lleno de perfumes, de luz y de pájaros; las curruacas cantaban en los árboles, llenos ya de capullos verdes; las violetas, las rosas tempranas, los geranios de mil colores, esmaltaban el manto verde de la primavera; el agua murmuraba cayendo en el pilón de una fuente, de donde bajaba en cascada cristalina para dividirse en varios arroyuelos; todo vivía; y, sin embargo, dos hombres llenos de vida y de salud se encaminaban á la muerte.

La tranquilidad forzada del anciano capellán

duró cortos instantes: la idea fija de evitar la muerte de su adorado Tomás le embargaba por completo.

—Yo he traído al niño para que su vista le calme, para que le traiga á ideas de paz y de perdón...; no, delante de su hijo no levantará el brazo homicida...; y después, Gonzalo gritará, llorará, le abrazará, impedirá la catástrofe... ¡Oh! ¡mi pobre cabeza, agobiada ya con el peso de los años, se perturba!...; ¡no sé lo que hago!; pero veo claro que mi deber es evitar que esos hombres se maten, y, sobre todo, que muera Tomás.

Y el anciano tomó del brazo al niño y le sacudió con una violencia nerviosa.

—¡Papá! ¡papá!—exclamó Gonzalo, abriendo sus grandes ojos.

—Vamos á buscarle—dijo don Pablo;—baja.

Y descendiendo del coche con toda la rapidez que su edad le permitía, asió á Gonzalo y le puso en el suelo; tomándole después por la mano, entró en el gran portal.

—¿El jardín?—preguntó al portero con voz que temblaba de emoción.

—En el ángulo de la izquierda, señor cura; una puerta con una verja dorada que está abierta... Pero ¿qué le sucede á usted?

—Nada; tengo que hablar al señor Duque...

La voz del capellán se apagó en su garganta: se oyeron dos detonaciones á un tiempo. Gonzalo, advertido por una intuición superior á su edad,

echó á correr al jardín; el capellán le siguió pálido y tembloroso.

—¡Padre! —exclamó el niño con un grito desgarrador, arrodillándose al lado de Barrientos, que abrió los ojos empañados por las sombras de la muerte...

Apoyado en un árbol cercano se hallaba el Duque, lívido: su brazo roto había dejado caer la pistola. El capellán se arrojó de rodillas al lado de Barrientos; el jardín se llenó de criados, de gente, de tumulto.

—¡Está vivo! —dijo el Duque con voz débil; —socorredle...; traed médicos...; llevadle adentro...

Cayó exánime y dos criados le levantaron y sacaron del jardín.

—Padre mío, dad gracias al cielo porque me envía la muerte —dijo Barrientos; —sin el amor de mi mujer no podía vivir... Mis hijos... llevadlos á su abuelo... Gonzalo, abraza á tu hermana por mí... ¡Dios mío, perdón...!

El viejo capellán bendijo aquella frente lívida y oró con fervor. Gonzalo unió sus labios á la mejilla de su padre, y dos segundos después se levantó rígido, terrible...; cogió la pistola aún caliente con que el Duque había muerto á Barrientos, y echando al cadáver una larga mirada, desapareció.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

EL VENGADOR DE SU PADRE

En medio de un jardín yérguese altiva,
en riquísimo mármol cincelada,
la figura de un dios, de ojos serenos,
cabeza varonil y formas clásicas.

En el invierno, la punzante nieve
y el viento azotan la soberbia estatua;
pero ésta, en su actitud noble y severa,
sigue en su pedestal, augusta, impávida.

En primavera, el áureo sol le ofrece
un manto de brocado; las arpadas
aves con sus endechas le saludan;
los árboles le tejen con sus ramas
verde dosel; el cristalino estanque
la refleja en sus ondas azuladas,
y los astros colocan en su frente
una diadema de bruñida plata;
mas la soberbia estatua está en su puesto
sin cambiar la actitud ni la mirada.

(M. R.)